

En el corazón de la frontera, o de la infinitud perpetua de los límites

Susana Asensio Llamas. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid

La frontera como espacio geográfico es un lugar osmótico y poroso que define las identidades de los habitantes y las culturas que delimita. Se trata de un lugar muy interesante en cuanto al desarrollo de corrientes artísticas e ideológicas y, en general, de fenómenos híbridos. El Festival de Cine Africano de Tarifa recoge muchas de las singularidades contemporáneas que los perpetuos cambios en fronteras y límites producen en las culturas, sus habitantes, sus intérpretes, sus representantes y sus ideas asociadas, tal y como muestra el estudio dedicado a él: *Una alfombra roja para África. Etnicidad y espectáculo en un festival de cine*, de Eva de Andrés Castro, publicado por el CSIC en 2022. La obra problematiza muchas de las historias que se entrecruzan en el festival y explora varias líneas de análisis en torno al mismo.

Cuando hablamos de fronteras, es común pensar en espacios geográficos de división e intercambio, lugares que, sin una entidad propia, definen las identidades de los habitantes y las culturas que delimitan. Así ha sido como históricamente, entre cambios culturales y naturales a lo largo y ancho del planeta, se han ido forjando los bordes internos que delimitan algunas diferencias, y los contornos externos de comunidades que comparten, cuando menos, espacios y, muy a menudo, culturas y modos de vivir. La frontera es siempre osmótica, filtrando entre lado y lado parte de sus características más o menos exclusivas, y es, por tanto, porosa, absorbiendo parte de lo que se le cruza y haciéndolo propio, en mezcla diversa y única en cada ocasión. Por todo ello, las fronteras son lugares de especial interés en el desarrollo de corrientes artísticas e ideológicas, de nuevas aproximaciones a viejos problemas y de fenómenos híbridos en general.

De esta manera, y para los propósitos de este discurso, consideraremos la frontera como un lugar conceptual relevante en sí mismo, una expresión que va más allá de lo demarcado por ella, un cruce de caminos y una estructura ideacional representativa de la mezcla y la hibridación. La frontera como límite, como margen que distribuye sentido a aquello que está fuera de su existencia y su naturaleza, aquello que lo rodea. La frontera como lugar de paso y de reflexión.

El filósofo Eugenio Trías nos habla en su obra del concepto de límite como lugar desde donde se experimenta el vértigo del más allá, del alrededor, un espacio interseccional, entreverado, con normas propias y diferentes de las existentes más allá de sus lindes. En *Los límites del mundo* (1985), exploraba el autor la ontología del límite; y unos años después, abordaba las artes fronterizas —música y arquitec-

tura— como formalizadoras del espacio y el tiempo humanos en *La lógica del límite* (1991). Finalmente, en *La razón fronteriza* (1999), Trías nos explicaba la colonización y apropiación de los dominios en los que se desarrolla el «ser del límite». En muchos de sus discursos, Trías constataba que, de alguna manera, los límites del mundo son los límites de los humanos; el ser humano no es solo un habitante de la frontera, sino una frontera en sí mismo. Al fin y al cabo, en el juego de las representaciones, de las identidades y las diferencias, las paradojas de los límites y las fronteras adquieren un papel mucho más central de lo que estamos acostumbrados a pensar. Buen ejemplo de ello es el papel que juega en el mundo contemporáneo la etnografía cultural como traductora de elementos exógenos para un público des-localizado y ávido de re-localizaciones. La etnografía como límite y frontera interpenetrada.

Cualquier trabajo etnográfico es un límite poroso entre unos hechos culturales y sus interpretaciones y, tras un cierto tiempo, muy a menudo se observa que la etnografía se reactualiza en función de sus preguntas, sus públicos y las situaciones que se abordan para la investigación y la explicación cultural. La etnografía es tan móvil y cambiante como los objetos y sujetos a los que se acerca. Cambian los escenarios, las acciones y los protagonistas, cambian las miradas de los que observan, los etnógrafos, y cambian las relaciones de poder entre todos los elementos que son susceptibles de ser considerados.

Uno de los avances más significativos en el desarrollo de la etnografía cultural, ya desde los años sesenta del siglo pasado, ha sido la consideración sobre lo que significa observar, traducir, contar, servir de intermediario entre actores y audiencias

en perpetuo cambio, y cambiar también como voz autorizada, «experta». De esa fructífera reflexión nacieron grandes clásicos como *The interpretation of cultures*, de Clifford Geertz (1974), *Reflections on Fieldwork in Morocco*, de Paul Rabinow (1977), u *Other Tribes, Other Scribes*, de James A. Boon (1983). Y con la explosión de la curiosidad cultural, muchos de los límites que existían en cuanto a la falta de territorio común para contar nuestra historia a otros y contar las historias de otros, se multiplicaron las propuestas, las soluciones, las paradojas y las complicaciones. De entre los numerosos ejemplos que se pueden enumerar como etnografías reflexivas, algunas toman de entre todos sus retos aquellos que mayores paradojas parecen ofrecer.

Existe un festival de cine —y aquí podemos ver el cine como otra arte fronteriza, en la que se mezclan el espacio y el tiempo con el sonido— que recoge muchas de las singularidades contemporáneas que los perpetuos cambios en fronteras y límites producen en las culturas, sus habitantes, sus intérpretes, sus representantes, y sus ideas asociadas: el Festival de Cine Africano de Tarifa. A su estudio y a la interpretación de sus muchas paradojas está dedicado un libro titulado *Una alfombra roja para África. Etnicidad y espectáculo en un festival de cine*, de Eva de Andrés Castro (CSIC, 2022). En este estudio se problematizan muchas de las historias que se entrecruzan en el festival, conformándolo como un nudo gordiano de la multiplicidad de límites que se pueden superponer en un único hecho cultural que, de modo muy apropiado, se desarrolla también en una frontera geográfica. Sus líneas de análisis principales exploran el festival como mercado —ejemplo de una cultura fragmentada y mercantilizada—, el concepto de africanidad y sus portavoces y, finalmente, los espacios geográficos y simbólicos de Tarifa y el festival como generadores de nuevas metáforas culturales.

La mirada de Andrés recorre fronteras administrativas —Tarifa está en España, aunque el festival trate de cine africano—, conceptos identitarios —«¿Qué es realmente el cine africano?»—, figuras relevantes —el «experto» como traductor que nada entre conceptos, pero no participa necesariamente en su desarrollo—, y paradojas hechas de roces históricos —como las problemáticas asociadas a la autoría,

la autenticidad o la legitimidad, o los lugares de filmación híbridos (africanos en Europa, europeos en África y otros escenarios internacionales)—. Pero si algo podemos extraer de este volumen, además de toda la muy relevante información sobre el desarrollo del cine africano, y de este festival —y sus nuevos retos en las últimas décadas—, es su cualidad de estudio referido paradójicamente a un límite: el de la interpretación cultural.

El festival que se describe y analiza es un límite en sí mismo, entre África y Europa, con protagonistas mixtos que vienen de lugares no siempre representativos de la africanidad, con lógicas culturales que sucumben a su situación intermedia. Está en tierra de nadie: viene de un continente entero que exporta dolorosamente a sus habitantes por necesidad y lleva así a sus fértiles culturas a recorrer el mundo; llega a un extremo continental de paso, un punto meridional escaso y fronterizo, de profunda historia, por el que se sucede el tráfico de personas e ideas desde que tenemos memoria. Representa la cultura de nadie: los africanos son solo una parte de los protagonistas, ya que se incluyen también las miradas europeas sobre el continente, o las historias de emigración e inmigración, y los expertos que interactúan no son necesariamente representativos de la africanidad que se supone que debería rezumar el festival. Son las paradojas de los límites y las fronteras.

Con todo, como orilla en sí mismo, el festival puede caracterizarse también como una fenomenal empresa de intercambio cultural, vía de entrada de sensibilidades que comparten espacio pero se distinguen entre sí, fuente de inspiración para la interpretación de las culturas y sus hibridaciones, excepción a la norma de la homogeneidad que se supone que habita en sus márgenes, fuente de diálogos eternos sobre la diferencia y sus tan reconocibles implicaciones en el escenario global.

Como paradoja final, este escenario liminal, con este festival de frontera y este singular libro que lo estudia, no dejan de añadir nuevas capas de réplicas culturales a las demarcaciones perpetuas que se construyen en cada interacción cultural. En el corazón de la frontera, los límites se multiplican hasta el infinito con cada mirada y cada roce.